LA VANGUARDIA.es

Versión para imprimir

PASCAL BONIFACE - 19/05/2004

Principio de solución para Iraq

LA PRESENCIA de las tropas norteamericanas en Iraq es el problema y no la solución si queremos lograr la estabilización del país PASCAL BONIFACE - 03:16 horas - 19/05/2004

El Gobierno español ha decidido retirar sus tropas de Iraq. En Estados Unidos, algunos acusan al Gobierno Zapatero de debilidad, de llevar a cabo una política de "apaciguamiento" ante Al Qaeda. Esta acusación es injusta moral y políticamente. No es frecuente que un presidente respete

las promesas hechas siendo candidato.

Lo que tenemos que preguntarnos sobre todo es si la mejor manera de fortalecer a Al Qaeda no es permanecer militarmente en Iraq y comportarse como hacen los estadounidenses.

Las dificultades militares de los estadounidenses en Iraq son patentes; sin embargo, parecen menores comparadas con la degradación de su prestigio y popularidad. Es probable que las fotos de los abusos a los prisioneros iraquíes tengan una onda de choque duradera, mucho más allá del propio mundo árabe. ¿Cómo calcular en términos de imagen el coste en el mundo musulmán de la radiante sonrisa de la soldado Lynndie England? Podemos considerarla como la mejor agente reclutadora de Bin Laden.

¿Estamos ante actos aislados e inmediatamente castigados por la jerarquía? Las revelaciones en curso indican que el fenómeno es mucho más general. Ahora bien, ¿no es lo propio de los ejércitos de ocupación entregarse, poco o mucho, a este tipo de felonías? ¿No estamos ante la lógica que prevaleció para el establecimiento de la prisión de Guantánamo? Además, imaginamos con toda facilidad que si los soldados iraquíes se hubieran entregado a semejantes comportamientos con soldados estadounidenses, el presidente Bush habría responsabilizado de inmediato a un régimen que no respeta ningún valor y no a unos pocos soldados descarriados. Y no se habría contentado con muestras de arrepentimiento (a falta de excusas) tardías y limitadas.

Hay que rendirse a la evidencia. El Ejército estadounidense, considerado durante un breve instante por los iraquíes como una fuerza de liberación y luego muy rápidamente de ocupación, es percibido desde hace tiempo como un ejército de represión. No se concibe por medio de qué milagro podría lograr de nuevo la aceptación de su presencia por los iraquíes. Sólo los kurdos conceden ya cierto crédito a Washington. Quienes por todo el mundo se oponían a la guerra y temían que, más allá de la satisfacción por la

caída de Saddam, el conflicto acarreara más problemas que soluciones ven día tras día que sus inquietudes se revelan exactas. Se ha violado el derecho internacional en nombre de la lucha contra la proliferación de armas de destrucción masiva, la estabilidad de Oriente Medio y la promoción de valores morales. Los doctos expertos que afirmaban de modo perentorio que Iraq rebosaba de armas de destrucción masiva y las bellas almas que defendían la guerra en nombre de la virtud se vuelven hoy más discretos. Decir que la credibilidad estadounidense ha quedado afectada es poco. Estamos cerca de la quiebra moral. Aunque, de nuevo, nos sorprende la distancia entre, por una parte, las declaraciones tranquilizadoras de los responsables, dispuestos como mucho a reconocer dificultades menores y pasajeras que no pueden poner en cuestión el éxito final de su proyecto y, por otra, lo que el mundo entero tiene posibilidad de ver en los medios de comunicación. Parece que no vivamos en el mismo mundo. Bush y los neoconservadores estadounidenses son adeptos al método Coué de autosugestión, un método según el cual basta repetir que todo va bien para convencerse de ello y que sea cierto. En Iraq eso no funciona.

La degradación cotidiana de la situación no es el anuncio de días mejores, sino de múltiples catástrofes por venir, al menos si no se cambia radicalmente de política. Así, no deja de sorprender que en este preciso momento se alcen voces subrayando que, dado que vamos en el mismo barco, tenemos que mostrarnos solidarios con los estadounidenses. Bien es verdad que nadie está interesado en ver que en Iraq se instala un caos prolongado y desestabilizador; pero no es precisamente enviando soldados en auxilio de las tropas de Estados Unidos como podremos impedirlo, más bien lo contrario.

¿Por qué quienes no quisieron subirse al barco antes de que zarpara por considerar que tomaba un rumbo equivocado, con una tripulación mal dotada y un cargamento dudoso, deberían subir a bordo ahora que se hunde a causa de un pilotaje desastroso?

Los países que se opusieron a la guerra quizá participen en el restablecimiento del orden en Iraq, pero esa participación sólo debería producirse bajo la autoridad real de las Naciones Unidas, a petición de un gobierno iraquí legítimo. Las dos condiciones son claramente incompatibles con la presencia militar estadounidense en Iraq. Esta presencia es el problema y no la solución si queremos la estabilización de Iraq.

Es tal el rechazo que suscita, que cualquier fuerza que se vea vinculada a ella le será asimilada. La OTAN, cuya intervención solicitan algunos, no será percibida de modo distinto que las fuerzas anglo-estadounidenses.

Toda presencia extranjera asociada a Estados Unidos es susceptible de quedar automáticamente contaminada por el odio que suscita Washington.

Cabe incluso preguntarse si lo que se ha vuelto imposible no será el principio de una presencia internacional en Iraq. Algunos –también en Estados Unidos– no dudan en afirmar que es necesario permitir que el proceso político interno se haga solo, aunque eso signifique al principio un poder que ya no sería bien visto por los estadounidenses.

En el caso de que la comunidad internacional tenga todavía una posibilidad mínima de ayudar a Iraq en el restablecimiento del orden, hay que hacerlo en unión con la salida de las fuerzas estadounidenses y con el concurso de las fuerzas de los países árabes y musulmanes, entre ellos –por qué no– Irán.

Se trata, es cierto, de una solución difícil de aplicar y que dista de tener el éxito asegurado, pero lo que es indudable es que la continuación de la política actual conduce de modo garantizado a la catástrofe. La transferencia real de la soberanía a los iraquíes bajo el control efectivo de la ONU es urgente. Debe diferenciarse con claridad de la situación actual y, por ello, fijar un plazo a la presencia militar estadounidense en Iraq. La permanencia de Estados Unidos compromete irremediablemente las posibilidades de éxito de una solución internacional.

P. BONIFACE, director del Instituto de Relaciones Internacionales y Estratégicas (IRIS) de París

Traducción: Juan Gabriel López Guix

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved Aviso Legal